

CUATRO ENCUENTROS

No la vi más que cuatro veces, pero las recuerdo con absoluta claridad; me causó una gran impresión. Me pareció muy guapa y muy interesante: un ejemplar conmovedor de una especie con la que había tenido otros, y quizá no tan encantadores, encuentros. Siento mucho saber que ha muerto, y no obstante, si lo pienso bien, ¿por qué lo *habría* de sentir? ¡La última vez que la vi, ella no estaba ni mucho menos...! Pero será mejor presentar nuestros encuentros por su debido orden.

I

El primero tuvo lugar en el campo, con motivo de una pequeña recepción, una noche de nieve de hará unos diecisiete años. Mi amigo Latouche, que iba a pasar la Navidad con su madre, había insistido en que lo acompañara, y la amable señora había dado en nuestro honor la fiesta de la que hablo. A mi modo de ver reunía todo el sabor y lo que cabe esperar de este tipo de actos; nunca había estado en la Nueva Inglaterra profunda durante aquella época del año. Había estado nevando todo el día y las conchestas de nieve nos llegaban

a la rodilla. Me preguntaba cómo habían logrado llegar las señoras hasta la casa; pero deduje que precisamente eran aquellos rigores invernales los que hacían que una reunión que ofrecía el encanto de acoger a dos caballeros de Nueva York mereciese semejante esfuerzo desesperado.

Durante toda la velada, la señora Latouche me estuvo preguntando si «no quería» enseñar mis fotografías a algunas de las jóvenes. Las fotografías estaban en dos enormes cartapacios, y las había traído a casa su hijo, quien, como yo, acababa de llegar de Europa. Miré a mi alrededor y me sorprendió ver que la mayoría de las jóvenes tenían objetos de interés más absorbentes que el más vívido de mis heliogramas. Pero había una persona junto a la chimenea, sola, que contemplaba la habitación con una vaga sonrisita, con un discreto y velado anhelo que parecía, de alguna manera, contrastar con su aislamiento. La miré un momento y opté por ella.

—Me gustaría enseñárselas a aquella joven.

—Oh, sí —dijo la señora Latouche—, es la persona ideal. No le interesa coquetear: hablaré con ella.

Respondí que si no le interesaba coquetear tal vez no fuera la persona ideal; pero la señora Latouche ya había andado unos pasos hacia ella y se lo había propuesto.

—Está encantada —vino a informarme mi anfitriona—, y es la persona ideal...tan callada e inteligente.

Y me dijo que la joven se llamaba Caroline Spencer, nombre con el que nos presentó.

La señorita Caroline Spencer, aun no siendo exactamente una belleza, no dejaba de ser una pequeña damisela de agradables formas. Rondaría los treinta años y tenía un cuerpo como de chiquilla y la tez de una niña. También tenía una cabeza hermosísima, con el pelo peinado de la forma más parecida posible a la de un busto griego, aunque

era probable que no hubiera visto ninguno en su vida. Sospeché que tenía una vena «artística», en la medida en que la influencia polar en North Verona permitiese tales inclinaciones. Tenía los ojos quizá un poco demasiado redondos, permanente y exageradamente sorprendidos en exceso, pero sus labios manifestaban una comedida decisión, y sus dientes, cuando los mostraba, resultaban encantadores. Alrededor del cuello llevaba lo que las señoras llaman, creo, una «ruche»¹, que estaba cogida con un minúsculo broche de coral, y con la mano sujetaba un abanico hecho de caña trenzada adornado con un lazo rosa. Vestía un vestido ligero de seda negra. Hablaba con lenta y suave claridad, incluso cuando no sonreía, enseñando la belleza de sus dientes, y parecía encantada —en realidad, bastante halagada— ante la perspectiva de que le enseñara mis fotografías. Todo fue de

1.- Una cinta de tela plisada o fruncida.

lo más afable una vez hube cogido las carpetas del rincón y colocado un par de sillas junto a una lámpara. Las fotografías solían ser de lugares y cosas que yo conocía, vistas panorámicas de Suiza, Italia y España, paisajes varios, reproducciones de edificios famosos, cuadros y estatuas. Dije lo que pude sobre ellas, y mi acompañante, mirándolas mientras yo las sostenía, permanecía sentada inmóvil, con el abanico de caña alzado hasta el labio inferior, rozándolo con suavidad y, a mi parecer, casi con excitación. De vez en cuando, cuando yo posaba alguna de las fotografías, sin confianza, pues lo contrario habría sido mucho decir, me preguntaba:

—Y este lugar... ¿lo ha visto?

Yo contestaba que lo había visto varias veces —había sido un gran viajero, aunque no fuera de los que tienden especialmente a jactarse de ello—, y entonces la sentía mirarme recelosa durante un momento con sus bellos ojos. Yo le había pregun-

tado al principio si había estado en Europa, a lo que respondió: «No, no, no», muy bajito, como si la idea de tal acontecimiento, por su misma solemnidad, apenas admitiese palabras. Pero después de aquello, aunque casi no apartaba la vista de las fotografías, habló tan poco que al final temí que se hubiera aburrido. Así que cuando terminamos una de las carpetas le sugerí que si ella quería lo dejáramos. En cierto modo yo intuía que todo aquello le entusiasmaba, pero su reserva me desconcertaba, y quería hacerla hablar. Me volví hacia ella para poderla juzgar mejor, y entonces vi un ligero rubor en cada una de sus mejillas. Continuaba agitando el abanico hacia adelante y hacia atrás. Pero en lugar de mirarme clavó sus ojos en el resto de la colección que, apoyada en su cartapacio, reposaba sobre la mesa.

—¿No me va a enseñar esto otro? —dijo con voz trémula, exhalando el largo suspiro de una persona que se hace a la mar y que permanece a

flote, aunque es consciente del balanceo al que está sujeta.

—Con mucho gusto —le respondí—, si de verdad no está cansada.

—Oh, no estoy nada cansada. Estoy sencillamente fascinada.

Así que cuando cogí la otra carpeta, puso su mano sobre ésta, acariciándola suavemente y dijo:

—¿También ha estado aquí?

Y cuando abrí la carpeta resultó que sí, que había estado allí. Una de las primeras fotografías era una amplísima vista del castillo de Chillon, junto al lago de Ginebra.

—Aquí —dije yo— he estado muchas veces. ¿No es hermoso? —y señalé el reflejo perfecto de las rocas escarpadas y las torres puntiagudas en el agua serena y límpida.

Ella no dijo «¡Oh, es maravilloso!» ni la apartó para ver la siguiente foto. Se quedó mirando un rato, y entonces me preguntó si no era allí donde

Bonnivard, sobre quien escribiera Byron, había estado recluido. Yo asentí, e intenté citar los versos de Byron, pero sin conseguirlo del todo.

Ella se abanicó un momento y repitió los versos correctamente, con una voz suave y monótona, pero con una convicción encantadora. Cuando acabó, sin embargo, estaba ruborizada. La alabé y le aseguré que estaba perfectamente preparada para visitar Suiza e Italia. Me miró de nuevo con recelo, para comprobar si hablaba en serio, y yo añadí que si deseaba ver todavía las descripciones de Byron, debería viajar al extranjero enseguida: Europa se estaba quedando tristemente «desbyronizada».

—¿Cómo de pronto debería viajar? —me preguntó.

—Oh, yo diría que tiene unos diez años para hacerlo.

—Bueno, supongo que podré ir en todo ese tiempo —respondió, como si midiese sus palabras.